

UNA INCURSIÓN EN LA TEORÍA SOCIOCRÍTICA DESDE LA SEMIÓTICA

AN INCURSION INTO THE SOCIOCRITICAL THEORY FROM SEMIOTICS

Mirko LAMPIS

Universidad Constantino el Filósofo de Nitra, República Eslovaca
mlampis@ukf.sk

Palabras clave: Sociocrítica, Semiótica de la cultura, análisis textual, interpretación

Resumen: El objetivo de este artículo es el de estudiar, desde un punto de vista semiótico, algunos aspectos de la teoría sociocrítica estrechamente relacionados con aquella dimensión de la cultura y del texto que solemos definir como dimensión sistémica. En particular, el estudio se centra en la operación de reconstruir e interpretar los significados socio-ideológicos inscritos (genéticamente) en el texto mediante la búsqueda y el análisis de aquellos elementos textuales que se derivan de una concreta formación discursiva e ideológica.

Mots-clés : Sociocritique, Sémiologie de la culture, analyse textuelle, interpretation

Résumé : L'objectif de cet article est d'étudier, d'un point de vue sémiologique, certains aspects de la théorie sociocritique étroitement liés à cette dimension de la culture et du texte, que nous définissons habituellement comme « dimension systémique ». En particulier, notre article se focalise sur l'opération de reconstruire

et interpréter, au moyen de la recherche des éléments textuels dérivés d'une formation discursive et idéologique particulière, les significations socio-idéologiques (génétiquement) inscrites dans le texte.

Keywords: Sociocriticism, Semiotics of Culture, Textual Analysis, Interpretation

Abstract: The goal of this paper is to study, from a semiotic point of view, some aspects of Sociocritic Theory that are related to that dimension of culture and text which is usually defined as Systemic Dimension. The paper is especially oriented to describe the operation of reconstruction and interpretation of the social-ideological meanings (genetically) inscribed in the text via searching for those textual elements that are derived from a concrete discursive and ideological formation.

1. PROLEGÓMENOS

Existen dos aspectos o zonas de la teoría y las prácticas sociocríticas que me gustaría discutir desde la perspectiva de la semiótica y, de forma más específica, desde la perspectiva de la semiótica de la cultura:

- 1) el objetivo programático de *reconstruir* o *recuperar*, “navegando aguas arriba”, los significados socio-ideológicos inscritos (y a menudo filtrados) en el texto en el momento de su génesis;
- 2) la *relectura* como práctica analítica (a la vez de-constructiva y re-constructiva) que apunta a evidenciar aquellas relaciones paradigmáticas y sintagmáticas que se derivan de una concreta formación discursiva ideológicamente organizada.

Existen, desde luego, múltiples y profundos puntos de contacto e intersección entre la sociocrítica y la semiótica, pero he decidido ocuparme de estas dos cuestiones en concreto, y no de otras, porque considero que es sobre todo alrededor de ellas que se concentran aquellos aspectos de ambas disciplinas que más relaciones tienen

con esa dimensión fundamental de la cultura y del texto definida, hoy en día, como dimensión sistémica (acerca de la cual se puede consultar Lampis, 2010, 2013 y 2016).

2. AGUAS ARRIBA. HACIA EL MANANTIAL DEL TEXTO

Para poder hallar y estudiar en un texto lingüístico –y, *a fortiori*, en aquellos textos lingüísticos complejos y pluri-codificados que llamamos obras literarias– los significados y redes de significados que dependen de (y nos remiten a) determinadas prácticas sociales e históricas, Edmond Cros se vale de una serie de nociones explicativas cuyas fuentes señala escrupulosamente; aquí, más que las nociones relativas a las micro-estructuras lingüísticas, objeto concreto del análisis (de tipo semio-estructural: sema, ideosema, ideologema, etc.), me interesan aquellas nociones que remiten a los procesos colectivos de organización del sentido, procesos que el texto acoge, refleja y reelabora y que el analista puede reconstruir a través de una atenta labor de lectura y relectura y a partir de sus diferentes competencias intertextuales (punto importante, este, sobre el que tendremos que volver).

En primer lugar, hay que considerar la noción de *sujeto transindividual* (o *colectivo*), derivada del estructuralismo genético de Lucien Goldmann, y la noción de *no-consciente*, de derivación lacaniana.

Un sujeto transindividual es, en resumidas cuentas, una formación social cuyos miembros comparten una misma visión del mundo (y, por ende, una misma posición ante el mundo). Con más precisión, podemos definir esta visión del mundo como el “conjunto de las aspiraciones, de los sentimientos y de las ideas que reúnen a los miembros de un grupo y los oponen a los demás grupos” (Cros, 1986: 22). Naturalmente, la participación activa y duradera de un individuo en la esfera de un sujeto transindividual implica el apren-

dizaje y la actualización de los valores que individúan y dinamizan dicha formación. Como especifica el propio Cros:

el sujeto transindividual invade las conciencias individuales de cada uno de los individuos que participan en él mediante microsemióticas específicas; pero estas microsemióticas transcriben en signos el conjunto de las aspiraciones, de las frustraciones y de los problemas vitales de cada uno de los grupos implicados; ofrecen en cierto modo una lectura de las modalidades de inmersión en la historia de cada uno de ellos (Cros, 1986: 94).

Esta “inmersión en la historia” es, por lo común, no-consciente, así como son no-conscientes las microsemióticas que conforman y organizan el universo de sentido de cada sujeto transindividual. Este hecho tiene dos consecuencias básicas para la práctica analítica. En primer lugar, las relaciones semióticas que organizan el universo de sentido del sujeto transindividual determinan la forma en que cada uno de sus miembros puede expresarse, de modo que tales relaciones son independientes de lo que el sujeto individual pretende decir o escribir de forma consciente: puesto que en la escritura se activan “sistemas semióticos que son los vectores de estas relaciones objetivas no-conscientes que estructuran lo vivido, el escritor dice siempre más de lo que comprende y de lo que capta” (Cros, 2009: 80). En segundo lugar, los sistemas semióticos no-conscientes son independientes (al menos en parte) de la concreta organización de los enunciados que integran el texto y, por lo tanto, significan de por sí “y funcionan de manera autónoma según sus propias leyes y sus propias concordancias” (Cros, 1986: 191).

Así pues, los sujetos transindividuales se manifiestan necesariamente en el texto a través de las microsemióticas específicas

que organizan (y lexicalizan) sus valores discursivos y sociales y el analista, por ende, puede reconocer y aun reconstruir a partir del texto aquellos trazados ideológicos y aquellas isotopías de sentido que nos remiten a los concretos contextos socio-históricos en que se produjeron los sistemas de acuñaciones y valores detectados. También por ello, como señalan Carmen Ávila Martín y Francisco Linares Alés, los *ideologemas* preferentemente estudiados por Cros (signos como “patrimonio”, “posmodernidad” o “cultura”) son, por lo común, lexías que remiten a nociones abstractas de gran importancia social y múltiples acepciones, nociones que presentan una gran permeabilidad “a las modificaciones de los diferentes discursos sociales” (Ávila Martín y Linares Alés, 2010: 111-112).

Además de las nociones de sujeto transindividual y de no-consciente, Cros relaciona con el proceso de transcripción de lo social en el texto también la noción foucaultiana de *formación discursiva*. En palabras del propio Cros, individuamos una formación discursiva siempre y cuando conseguimos “localizar y definir una regularidad entre los objetos, los conceptos, las elecciones temáticas” y, desde luego, los signos empleados en la enunciación (Cros, 1986: 58). Una formación discursiva es, en otros términos, una micro-semiótica (o un conjunto coherente de micro-semióticas) reconocible y analizable en la medida en que traduce de forma regular las relaciones que integran una *formación ideológica*, resultado esta última de las estructuras materiales e institucionales operantes en una *formación social*. Se delinea, así, el siguiente proceso lineal de transcripción de lo social en el texto: formación social → formación ideológica → formación discursiva (Cros, 2009: 93).

Tal como se ve, en este proceso las formaciones ideológicas desempeñan una función “mediadora” entre las estructuras sociales y las manifestaciones discursivas. Cros sigue aquí a Louis Althusser y define la noción de *ideología* como

un sistema (que posee su lógica y su rigor propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos según los casos) dotado de una existencia y de un papel histórico en el seno de una sociedad dada (Cros, 2009: 92-93).

En otros términos, la ideología existe en las prácticas materiales e institucionales que la sustentan y toda práctica ideológica “es una ideología *vivida y representada* por una colectividad” (Cros, 1986: 76). Ahora bien:

Al modelar la experiencia y todos los fenómenos —individuales y colectivos— de conciencia, la ideología interviene, efectivamente —como hemos visto—, en todos los estadios de producción de sentido y, de manera general, en todos los circuitos de la comunicación cultural. De ahí el interés que tiene actualizar la complejidad de estas redes de ideosemas en lo que se materializaría, en el texto, el conjunto de una formación discursiva. En este sentido, la semiótica de la ideología debe considerarse como una disciplina de base para la sociocrítica (Cros, 1986: 91-92).

La conformación de las micro-semióticas activas en una formación discursiva dada depende, pues, de la organización del sistema ideológico subyacente a las mismas en el momento de la génesis textual, de modo que el trabajo del analista consiste sobre todo “en reconstruir estos tipos de redes de signos para volver a encontrar, aguas arriba, las prácticas ideológicas que los han producido” (Cros, 1986: 76).

Antes de tratar más de cerca la cuestión de la legitimidad y las posibilidades de este proceder “aguas arriba” hacia los “depósitos” ideológicos y los “manantiales” socio-históricos del texto, quisiera

recordar que esta misma operación, fundamental para la práctica sociocrítica, también se encuentra entre los objetivos de ese quehacer semiótico que Manuel González de Ávila (2002) define como *vinculante*, quehacer semiótico cuya primera reivindicación, cuyo principio básico sería “el de que sólo si se tienen en cuenta las condiciones reales de la producción de los discursos podremos acercarnos a su significación humana y social, pues ningún discurso tiene sentido al margen de los diferentes contextos de donde procede y en los que se inserta” (González de Ávila, 2002: 24). No por nada, el propio González de Ávila insiste en el mismo trayecto de inscripción de lo social en lo textual defendido por Cros: Condiciones de producción→ Formaciones ideológicas→ Formaciones discursivas→ Discursos→ Textos. La historia vendría así a ser

el horizonte último de la inserción del texto en la realidad; el segmento de la totalidad histórica accesible a la investigación se denomina *condiciones de producción*, dentro de las cuales se sitúan las llamadas *formaciones ideológicas*, que por su parte producen cierto número de *formaciones discursivas*; y la tarea de las formaciones discursivas consiste en enunciar *discursos* que se materializan en *textos* (González de Ávila, 2002: 130).

Por lo demás, recuerda González de Ávila que existen tres acepciones distintas de la noción de *ideología*:

- 1) una acepción *conceptual*: “una suma de vastas estructuras cognitivas relativamente abstractas, un complejo de categorías, de sistemas de ideas interrelacionadas”;
- 2) una acepción *lingüística*: “aquello que se ofrece directamente a la luz de la conciencia en las constelaciones lingüísticas con-

vencionales, en los manejos específicos del idioma, en todo lo que el hablante no necesita pensar ni organizar porque está cristalizado y disponible para su empleo en el depósito paradigmático de la lengua”;

- 3) una acepción *material* (althusseriana): “una genuina fuerza material productora de la que lo inconsciente y lo discursivo no son más que aspectos concretos, trascendidos por lo ideológico que está presente en todos los órdenes y en todos los planos de la realidad social” (González de Ávila, 2002: 211-212).

O como también subraya Eliseo Verón:

Lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso (ni aun en el nivel descriptivo), sino *el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado “huellas” en el discurso*” (Verón, 2004: 17).

Es esta última acepción la que manejan tanto el quehacer semiótico vinculante como el análisis sociocrítico. Y no sólo a fin de reconectar el texto con el entorno socio-histórico de su génesis, “sino, ante todo, a fin de introducir en el propio texto sus condiciones de producción como indicios materiales, marcas formales, pertinencias de análisis” (González de Ávila, 2002: 29).

Llegamos, de este modo, a lo que se podría considerar como el problema semióticamente más interesante planteado por la práctica sociocrítica (así como por toda práctica crítico-analítica): el de las pertinencias del análisis propuesto.

3. LECTURAS Y RELECTURAS. LA METODOLOGÍA SOCIOCRTICA

Recuerda Cros que lo que la sociocrítica persigue es, por decirlo con Althusser, una *lectura sintomal* del texto: “una lectura más *atenta a lo que el texto calla que a lo que expresa*” (Cros, 2009: 58). Porque es ahí, “en las rupturas, las discordancias discursivas, es decir, en fenómenos que han escapado a todo control de la conciencia del sujeto hablante” (Cros, 2009: 59), donde es posible descubrir las huellas, los síntomas del no-consciente colectivo y de las ideologías subyacentes.

Por ello, aunque Cros emplea la terminología del estructuralismo, y sobre todo de la semiótica generativa de Algirdas Julien Greimas, el objetivo de la sociocrítica y el del estructuralismo son harto distintos: no se trata de hallar los universales significantes inmanentes al texto —y trazar así el recorrido generativo que desde unas estructuras semio-narrativas profundas conduce a las formas discursivas de superficie y finalmente a las concretas manifestaciones textuales—, sino de individuar en el texto aquellas micro-semióticas organizadas que remiten a determinadas formaciones discursivas, ideológicas e históricas. Para la sociocrítica, en suma, “la historia es el fundamento de toda estructura” y, por ende, “solo utiliza el análisis estructural para acceder al análisis dialéctico” (Cros, 2009: 56). Porque, en definitiva, así como señala Antonio Chicharro, “la sociocrítica se interesa goldmannianamente antes por lo que el texto transcribe en el juego de sus estructuras y formas que por lo que significa, lo que supone concebirlo como una forma de conocimiento y un aparato translingüístico” (Chicharro, 2012: 76).

Resumamos, una vez más, el método sociocrítico:

- 1) Así como el texto selecciona sus signos en el momento en que se plasma, selecciona también unas combinaciones de signos de entre las diversas construcciones (sintácticas, por ejemplo) que le propone el código.
- 2) Estas combinaciones no están exclusivamente en servicio del enunciado. Significan de por sí y funcionan de manera autónoma según sus propias leyes y sus propias concordancias.
- 3) Transcribiendo, de otras maneras, las estructuras profundas del mensaje, las selecciones que opera el texto en este plan remiten a su vez, más o menos directamente, a unas estructuras sociales (Cros, 1986: 191).

El análisis se dirige a los significantes del texto en cuanto nacieron y cuajaron en determinadas condiciones de producción material, ideológica y discursiva y en cuanto resulta posible reconstruir, más allá de las intenciones autoriales y la organización del enunciado, el sistema de pertinencias socio-históricas que determinó su valor y su uso; el signifiante se presenta, pues, como “un espacio intensamente habitado donde se entrecruzan voces venidas de horizontes y de tiempos históricos diversos y que, por tanto, reproduce y redistribuye intenciones y contradicciones” (Cros, 2009: 94).

Esto se manifiesta ya en el plano léxico, puesto que la palabra misma “es portadora de las marcas de su adscripción social, y por tanto es medio de incorporación de lo social en el discurso” (Ávila Martín y Linares Alés, 2010: 98). Las diferentes lecturas y relecciones del texto permiten detectar la presencia de lexemas y semas reiterados y estos pueden ser reconducidos a una determinada formación discursiva y a una dada ideología materializada: “los signos así instituidos constituyen un sistema-texto semiótico, considerable en principio independientemente del enunciado” (Ávila Martín y Linares Alés, 2010: 105).

Ahora bien, si no me equivoco acerca de los objetivos y de la metodología de la sociocrítica, resultan sin duda interesantes las condiciones semióticas y los resultados de sus prácticas de análisis, las cuales serían, a la postre, tan constructivistas como las de la semiótica estructuralista, si bien centradas en otros órdenes de organización significativa (otras maneras de “hacer sentido”) y aunque se nutran de una epistemología científica harto diferente (*vinculante* en el caso de la sociocrítica y *aislante* en el del estructuralismo generativo, para volver a la terminología de González de Ávila).

El constructivismo del análisis sociocrítico al que nos referimos, al igual que toda forma de constructivismo interpretativo (y dejemos de momento abierta la cuestión de si existen operaciones interpretativas que no sean constructivas, de-constructivas y re-constructivas), guarda estrecha relación con el llamado *principio de pertinencia*, puesto que cualquier estudio científico de un texto, como también indica Gianfranco Marrone (2011: 19), consiste en un procedimiento (rigurosamente estructurado) cuyo fin es el de hallar y “montar” un entramado de pertinencias relativas a un determinado dominio de significado (significado del texto, significado del sistema y de la tradición textuales, significado de la propia práctica analítica).

En el caso del análisis semiótico de tipo vinculante, por ejemplo, podemos decir, con Verón, que los “objetos” investigados (los *objetos pertinentes*) no están ni *en* los discursos ni *fuera* de ellos, en la “realidad social objetiva”, sino que son, más bien, “*sistemas de relaciones*: sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de generación por una parte, y con sus efectos por la otra” (Verón, 2004: 128).

Así pues, las pertinencias buscadas mediante el análisis sociocrítico dependen, *in primis*, “del postulado según el cual el sistema productivo ha dejado *huellas* en sus productos y es por tanto parcialmente reconstruible a partir de una manipulación de sus huellas; el análisis

de los productos apunta en realidad hacia los procesos que están detrás de esos productos” (González de Ávila, 2002: 30); se supone, en otros términos, que ciertos determinantes productivos e ideológicos han contribuido a dar al texto su organización específica, de modo que el proceso de *pertinentización* conduce a delimitar *una construcción* (más o menos extensa, más o menos abarcadora) *de relaciones intertextuales que permiten definir el funcionamiento semiótico de las expresiones estudiadas en el con-texto socio-histórico de referencia*.

Un texto complejo como una obra literaria es, en palabras de Verón (2004: 19), “*el lugar de manifestación de una multiplicidad de huellas que dependen de niveles de determinación diferentes*”. Por ello, la pertinencia analítica de una micro-semiótica dada (o hallada) en él depende sobre todo de sus posibilidades de correlación con un intertexto cuya pertinencia socio-histórica ya se da por sentada (e interesa al investigador). En otras palabras, si es verdad que “entre las condiciones productivas de un discurso *hay siempre otros discursos*” (Verón, 2004: 129) y que “todo texto es una trama citacional, en la que se absorbe y entreteje más textualidad” (González de Ávila, 2002: 134), resulta patente que la eficacia operativa de las micro-semióticas y los ideologemas investigados consiste sobre todo en la posibilidad de (y en la habilidad del analista por) correlacionarlos con complejos intertextos ya pertinentes desde un punto de vista socio-histórico. Por ello, sobre todo,

el análisis de un único texto o discurso carece rigurosamente de sentido porque todo mensaje determina sus propiedades en conexión con otros mensajes, y primero, aunque no exclusivamente, en el interior de cada uno de los universos discursivos de la comunicación social (González de Ávila, 2002: 143).

El propio Cros reconoce, en diferentes pasajes de sus obras, la dimensión constructivista de la teoría. Así, por ejemplo, un *genotexto*, con respecto a “sus realizaciones múltiples y concretas que son los fenotextos”, no sería más que “una abstracción que reconstruye el analista” (Cros, 2009: 102). Y el objetivo del analista sería sobre todo el “de sacar a la luz [*abductivamente*, nos gustaría añadir] criterios de selección de los signos que nos permitan determinar, ya sea las características específicas del discurso de un sujeto colectivo, ya sea la inscripción eventual de algunos trazados ideológicos” (Cros, 1986: 181).

Al sostener que la sociocrítica es una práctica constructivista, sin embargo, estamos lejos del defender que sea una práctica *arbitrariamente* constructivista (si lo fuese, ya estaríamos fuera del ámbito de la correcta praxis científica, y creemos, muy por el contrario, que el análisis sociocrítico ha dado suficientes muestras de su rigor metodológico, de su eficacia explicativa y de sus aciertos interpretativos). Y no es una práctica arbitraria en la misma medida en la que no lo son los propios intertextos con los que trabaja. La competencia textual, enciclopédica e histórica del analista resulta, desde luego, fundamental para poder individuar objetos pertinentes (micro-semióticas, ideologemas, sujetos colectivos, etc.), para poder atar cabos, develar relaciones, construir intertextos —y es también a la enorme competencia del profesor Cros, admitámoslo, que podemos reconducir la bondad de sus análisis—, pero esta labor no sería posible o resultaría insignificante si: 1) la estructura material del texto (filológicamente entendida) no suportara el análisis de forma intersubjetivamente válida; y 2) otros textos (literarios, documentales, históricos, etc.) pertenecientes a la tradición cultural en que se mueven (y por la que fluyen) los analistas y sus objetos no contribuyeran a (y no autorizaran) la coherencia de la misma interpretación de conjunto (como también se deriva de la hermenéutica filosófica; véase Gadamer, 1960).

La sociocrítica se escaparía, en este sentido, de la dicotomía señalada por Sultana Wahnón (2011) entre, por un lado, las prácticas deconstructivistas (que pretenden relativizar todo posible acercamiento textual) y las prácticas de análisis ideológico (que buscan en el texto unos determinantes sociales, políticos o psicológicos *ya* establecidos) y, por otro, las prácticas estructuralistas (y aislantes), que vuelven a la necesidad de centrarse en las propias formas y estructuras del texto (desde los “excesos” formalistas hasta los métodos jerarquizantes del estructuralismo más tardío); tampoco se acercaría la sociocrítica a la (sensata) síntesis sugerida por la propia Wahnón, la de una *hermenéutica constructiva*, muy próxima a la hermenéutica estructural de Paul Ricoeur. Porque el método crosiano representaría, más bien, *otra* aproximación lectora al texto, *otra* hermenéutica organizada de modo sincrético.

Hay que tener en cuenta que la sociocrítica, a través de sus lecturas y relecturas, no estudia lo que el autor o el texto “quieren” decir ni “cómo” lo dicen, sino que trata de pertinentizar, explicar y comprender aquellos elementos del *con-texto* que el texto *transcribe* en sus estructuras, entre sus formas significantes; es decir, las modalidades por las que se *incorporan* en el texto, en el momento de su génesis, las tensiones sociales e históricas que organizan la actividad (y por ende el discurso) social; en otros términos, las *relaciones existentes* entre las estructuras textuales y las de la sociedad en la que el texto tomó forma, en la medida en que estas dejan huellas en aquellas bajo la forma de micro-semióticas específicas (e intertextos) disponibles para el análisis.

En consecuencia, pensamos que el método y los objetivos sociocríticos resultan a la postre compatibles no sólo con las semióticas vinculantes, sino también con cualquier metodología analítica (estructuralista, generativista, cognitivista, etc.) que tenga como fin el estudio de los modos de organización de las formas de la expresión

y del contenido, tanto en su vertiente inmanente como en sus posibilidades relacionales; así como resultan compatibles, *a fortiori*, con los principios y dictámenes de la hermenéutica textual, tanto en sus versiones más historicistas (Gadamer) como en sus versiones más estructuralistas (Ricoeur). A todas estas corrientes interpretativas, la sociocrítica *sumaría* su peculiar manera de mirar hacia la “superficie” del texto y su peculiar manera de hallar relaciones de sentido, fundadas, en su caso, desde un punto de vista social e histórico.

Diría, además, que los instrumentos del análisis sociocrítico, afinados a partir del trabajo con esos textos complejos y complejamente comunicantes que son las obras literarias —y no se olvide la “fuerte dosis de empirismo metodológico” que distingue a la disciplina, “hasta el punto de haber guiado éste la reflexión teórica” (Chicharro, 2012: 91)—, pueden sin duda ser aplicados a otros y muy diferentes objetos textuales sin por ello caer en esa nivelación de los estudios discursivos y comunicacionales a partir de la cual se tiende a olvidar la especificidad de la comunicación literaria y de los textos poéticos (Wahnón, 2011).

Repitémoslo una vez más: la sociocrítica no consiste, *stricto sensu*, en una metodología de hermenéutica textual, sino en una metodología textual de hermenéutica histórica y de crítica ideológica. En definitiva, si es verdad que los textos artísticos admiten diferentes lecturas (y diferentes aproximaciones analíticas) pertinentes, mientras que los textos más pragmáticos (científicos, periodísticos, publicitarios, etc.) admiten menos, también es cierto que todos ellos son el resultado de determinadas condiciones socio-históricas de producción: así como la materia de la que los seres humanos estamos hechos procede del sol, con independencia de cómo esté ahora organizada, la de los textos lingüísticos procede de dominios comunicativos cuyas estructuras y lexías adquieren valores ideológicamente marcados (el lenguaje nunca es neutral). Tales valores siguen presentes, ahí, en el texto (y

en las redes textuales), interesen poco o mucho, contribuyan poco o mucho a lo que el texto puede y suele decirnos, y es hacia ellos que dirige su atención el análisis sociocrítico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁVILA MARTÍN, Carmen, LINARES ALÉS, Francisco (2010), “Algunas nociones sociocríticas y la dimensión cultural de las palabras”, *Sociocriticism*, XXV, 1 y 2, pp. 94-118.
- CHICHARRO, Antonio (2012), *Entre lo dado y lo creado. Una aproximación a los estudios sociocríticos*, Varsovia, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos.
- CROS, Edmond (1986), *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos.
- (2009), *La sociocrítica*, Madrid, Arco/Libros.
- (2011), “Towards a Sociocritical Theory of the Text”, *Sociocriticism*, XXVI, 1 y 2, pp. 31-47.
- GADAMER, Hans-Georg (1960), *Verità e metodo*, Milano, Bompiani, 1983.
- GONZÁLEZ DE ÁVILA, Manuel (2002), *Semiótica crítica y crítica de la cultura*, Barcelona, Anthropos.
- LAMPIS, Mirko (2010), “El texto artístico y la historia. Una mirada sistémica sobre la fijación y el devenir social de las estructuras significantes”, *Sociocriticism*, XXV, 1 y 2, pp. 139-153.
- (2013), *Tratado de semiótica sistémica*, Sevilla, Alfar.
- (2016), *Tratado de semiótica caótica*, Sevilla, Alfar.
- LINARES ALÉS, Francisco (2009), “Introducción”, en Cros (2009: 23-49).
- LOTMAN, Iuri M. (1996), *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid, Cátedra.

- MARRONE, Gianfranco (2011), *Introduzione alla semiotica del testo*, Roma-Bari, Laterza.
- VERÓN, Eliseo (2004), *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona, Gedisa.
- WAHNÓN, Sultana (2011), “La función crítica de la interpretación literaria. Una perspectiva hermenéutica”, *Sociocriticism*, XXVI, 1 y 2, pp. 127-164.

